

## XI

## EL CAMPAMENTO.

El campamento estaba situado en una gran llanura que limitaba Ostende del sur al oeste.

En el centro se hallaban los regimientos reales compuestos exclusivamente de gentileshombres.

Luego, agrupábanse alrededor otros diversos cuerpos de tropas, las compañías de voluntarios, las compañías francas, las de veteranos, y finalmente, algunas guerrillas de soldados extranjeros, de todos países y condiciones, entre los que predominaban los alemanes.

En general, esas guerrillas no eran sino un conjunto de vagos, gentes de mala conducta expulsadas de sus naciones por delitos reincidentes, y que, no sabiendo lo que hacer, habíanse refugiado en Francia.

Empleábanse en tiempo de guerra, porque hacian número é iban valientemente al fuego; pero eran muy despreciadas, y se las tenía todo lo apartadas que fuese posible.

Entre esas gentes era donde Knauss, salvado milagrosamente de los aves carnívoras en la torre de Praga, había reclutado los siete ganapanes contra quienes habían tenido que defenderse el sargento y Cocardasse.

Quince días antes de los acontecimientos que preceden, el ejército había recibido orden de abandonar la región y de regresar á Francia.

Pero como no se fijase exactamente la época de la salida, los soldados no se inquietaban, pues estaban sobrecogidos por una especie de nostalgia anticipada de ese hermoso país de Flandes, donde, hacía cinco meses, y á pesar de la frecuente carestía de víveres y dinero, estaban gozando de días encantadores.

Además, esperaban que los jefes les dieran el ejemplo; pero éstos no se daban tampoco mucha prisa.

En cuanto se supo en París el próximo regreso de las tropas, muchos parientes y amigos de los oficiales acudieron á Ostende, con objeto de pasar algunos días con ellos antes de que abandonasen el campamento.

La mayoría de ellos, iba acompañada de sus mujeres, hijas, hermanas y hasta de las amantes, deseosas todas de ver al soldado en el campamento, con todos sus pertrechos de guerra, pues nunca los habían visto sino figurando en los salones, ó arañando con la espada el suelo de las ciudades, en busca de aventuras nada belicosas.

Y todas esas bellas se entretenían recorriendo los cantones, é interesándose por todo y curioseándolo todo.

De vez en cuando, para variar sus diversiones, se

las invitaba á brillantes y heroicos torneos, en donde, como en tiempos pasados, otorgaban coronas á los más valerosos; ó también á un simulacro de combate que era reproducción exacta de uno de los principales hechos de armas ocurrido durante la campaña, y cuyo carácter de verdad era á veces tal, que las mujeres se estremecían de espanto y estaban á punto de enfermar... lo que no les impedía aficionarse extremadamente á ese género de espectáculos.

En medio de tan múltiples distracciones, corrían los días, y cada vez se pensaba menos en la marcha.

Y quizás no se hubiese pensado nada, si el ministro de la guerra, extrañado con razón de no ver tropa alguna aparecer por el horizonte, no hubiese rogado oficialmente al marqués de Chaverny, amigo suyo, que fuese á inquirir, del comandante en jefe, los motivos de tan incomprensible retraso.

El marqués, cumpliendo á gusto tal deseo, tomó en seguida el camino de Ostende, llevando consigo á la marquesa y á su hija, para que aprovecharan ese viaje de recreo.

Y la cosa agradaba tanto más al marqués, cuanto que estaba seguro de encontrar allí á cierto caballero, el conde de Fonty, en el que fundaba grandes esperanzas para casar á Olimpia.

Antes de marchar al ejército, es decir, ocho años atrás, el señor Fonty, pareció, en efecto, muy impresionado por la belleza de la joven y había dado á entender al marqués que no le desagradaría ser yerno suyo.

Ahora bien, el conde era un partido soberbio.

De suficiente nobleza, muy bien recibido en la corte, donde contaba con numerosas relaciones, tenía, al mismo tiempo, una fortuna inmensa.

En realidad, no se podía pedir mejor marido.

Tal era, á lo menos, el parecer del marqués.

Y por eso, al par que iba á cumplir su misión cerca del comandante en jefe, quería también asegurarse el marqués de si el señor de Fonty continuaba en las mismas disposiciones matrimoniales respecto de su hija.

Olimpia, á quien su madre había tanteado discretamente sobre ese asunto, no dijo ni sí ni no, pues, aun no se formaba idea exacta del matrimonio.

Respuesta que hizo presumir al señor de Chaverny que, como hija respetuosa, no haría objeción alguna cuando le presentase al conde á título de esposo.

Y es probable que las cosas hubieran ocurrido así, si el accidente de la carretera no hubiera puesto á Olimpia en presencia de Buena Espada, y, al revelar el amor, no la hubiera puesto en condiciones de observar cuán indiferente le era el señor de Fonty.

Ya hemos visto que ese amor se apoderó tan fuertemente de su corazón, que había desterrado de ella el sueño y la había inducido á ir, por instinto, en socorro del joven sargento.

Por lo tanto, ya no podían hacerla casar con el señor de Fonty.

El á quien ella amaba era de condición muy inferior á la suya, es cierto; pero, completamente embriagada por su pasión naciente, no tenía esta consideración

valor alguno á los ojos de la muchacha; y se dejaba acariciar por los sueños más agradables, segura de antemano de que, cualesquiera que fuesen los obstáculos que los separasen, no por ellos dejarían de acercarse más uno á otro.

La mañana que siguió á su llegada á la hostería, levantáronse tarde el señor y la señora de Chaverny.

Hacia ya dos horas largas que el postillón Champagne los esperaba con otra silla de posta, cuyos caballos se impacientaban.

Después de pagar espléndidamente la hospitalidad que se les había ofrecido en casa de Picavez, subieron al carruaje y rodaron hacia Ostende.

Ignoraban los acontecimientos de la noche anterior, pues el hostelero se guardó bien de enterarlos, por miedo á que se formasen mala idea de su casa.

Por otra parte, el buen hombre había tenido la precaución de hacer desaparecer toda huella del combate, llevándose, ayudado por varios carreteros de paso, los cadáveres á su campo de cebada, hasta que tuviese autorización para mandarlos enterrar allí.

Para llegar á Ostende, había que recorrer el campamento.

Cuando Chaverny estuvo cerca de él, cruzó con varios oficiales de paseo, entre los que se encontraba el señor de Fonty.

Doble exclamación brotó de sus labios; ambos se habían reconocido simultáneamente.

— ¡Hola! señor marqués — dijo el conde acercándose — ¡que agradable sorpresa! ¡Usted aquí, con su

señora y con Olimpia! ¿Qué buen viento le ha traído por estas comarcas lejanas?

El señor de Chaverny le comunicó el objeto de su viaje.

— ¡Ah! ¿á eso viene? — exclamó el conde. — Tal vez crea el ministro que nos aburrirnos; pero se equivoca de medio á medio.

Al contrario, pasamos momentos agradabilísimos.

Usted juzgará.

Y el conde enumeró detalladamente las diversiones que recreaban sus días.

— Hoy mismo — continuó — tenemos un gran torneo en que figuran varios caballeros que usted conoce... y un servidor. Y si no temiese ser indiscreto, le suplicaría que asistiera con estas dos señoras.

Crea usted que seremos todos muy honrados con su presencia.

— Con mucho gusto — asintió Chaverny, que no quería, tras larga ausencia, negar al conde su primera petición al volverse á encontrar. — ¿Á qué hora es el torneo?

— Á los dos.

— Bien: ahora son las once. Vamos á llegar hasta Ostende, para quitarnos el polvo del viaje, y á la hora indicada estaremos en el campamento.

— Estoy seguro, señor marqués, que todo el mundo va á darme las gracias por haber conseguido de usted esa promesa.

Y, después de despedirse de los tres viajeros, reunióse á sus compañeros, mientras aquéllos continuaban su camino.

El señor Fonty, que llegaba á los treinta años, era de elevada estatura, ancho de espaldas, y de regulares facciones.

Pero esas ventajas físicas eran las únicas de su persona, pues tenía una imaginación de las más medianas.

Muy infatuado de su nobleza, que, sin embargo, era de creación reciente — sólo se remontaba á su abuelo, banquero enriquecido, — se vanagloriaba de ella con el menor motivo, y en seguida sacaba á relucir la espada cuando no se le concedía la consideración que creía le debían.

Á más de esto, altivo, feroz con las gentes de condición humilde, á las que trataba como seres de especie inferior á la suya.

Como se ve, no era un fénix, aunque lo creyese así el marqués de Chaverny.

El lugar en que debía celebrarse el torneo se había arreglado con banderas.

Construyéronse varias gradas á lo largo de uno de los lados, para recibir á las damas y á los caballeros, oficiales ó visitantes.

Al otro lado, levantóse una valla á la altura de la cintura, para mantener á la tropa, autorizada, como siempre, á gozar del espectáculo.

Á las doce y media, ya estaban todas las gradas ocupadas por una multitud elegante, en donde relucían los vestidos femeninos, mezclados armoniosamente con los uniformes militares.

En el centro se dejaron tres localidades vacías, reser-

vadas á la familia de Chaverny, cuya llegada no tardó en ser conocida.

Poco antes de las dos, vióse aparecer al marqués, en compañía de su señora é hija.

El señor de Fonty, que los divisó en seguida, salió á su encuentro y les sirvió de guía hasta los puestos para ellos reservados.

Al atravesar las filas de espectadores, ambas damas recogieron halagüenos piropos.

Sin embargo, la marquesa tenía cerca de treinta y ocho años; pero sólo su fe de bautismo hubiera podido revelar ese secreto, pues los años no dejaron en ella huella alguna, sino que, al contrario, añadieron á su rara belleza un complemento extraño.

Olimpia era persona graciosa y bonita, cuyas primaveras se desvanecían en su rostro.

La sangre mora que tenía por su madre había, como en ésta, dorado su epidermis con un color cálido y purpurino, ennegrecido su lujuriosa cabellera de leonados reflejos, y colocado en sus ojos una llama ardiente; pero todo esto, atenuado, suavizado, por la sangre, más templada, de su padre.

El conde de Fonty, previsor, atento, no disimulaba el placer que sintió al estar á su lado, y el marqués, que le observaba, tenía ya tentaciones de considerarlo como yerno.

— Querida Flor — dijo á su compañera, — parece que, á partir de hoy, no necesitaremos buscar un buen partido para Olimpia.

Fíjate en el conde.

— ¿Crees tú? — preguntó la marquesa, que había notado también la asiduidad de Fonty; pero que también había observado que su hija, por la frialdad y rigidez de su actitud, no parecía excesivamente halagada.

— ¡Claro que sí!... Las miradas que el conde dirige á nuestra hija no tienen, á mi modo de ver, otro objeto que el de obtener su mano.

— Así debe de ser, en efecto. De todos modos, puesto que de esto hablamos, convendría saber si los jóvenes se agradan mutuamente.

— ¡Si se agradan! ¿Pero no ves al señor de Fonty?

En cuanto á Olimpia, reconocerás que sería muy exigente si no le gustase el conde. Es joven, no es feo, y sobre todo tiene cuantiosas riquezas.

¿Qué más se puede pedir á un marido?

Por toda respuesta, Flor iba á indicar á su esposo la actitud singular de la joven, cuando un trompeta, constituido para el caso en heraldo de armas, dejó oír un toque que anunciaba el principio del torneo.

Fonty que era uno de los justadores, tuvo que dejar á los Chavernys para ir á vestirse el traje de combate.

## XII

## LA OFENSA

Veinte oficiales jóvenes se habían inscrito para el torneo, lo que representaba diez pasos de armas.

Como ya no era época de armaduras, los campeones lucían sólo en el pecho un peto de cuero emborrado con crin.

Y á modo de lanzas, traían largas astas de abedules, provistas en su extremo de una seta de madera que las hacía completamente inofensivas. Chocaban, pero no penetraban.

Al tomar estas precauciones, se había querido huir de todo peligro en el momento del choque de los adversarios, quienes, así, no corrían más riesgo que el de ser desmontados y rodar por tierra algo rudamente... caída en que sólo sufriría el amor propio.

Además, en el curso de los ejercicios precedentes todo había sucedido bien, y los vencidos sólo padecie-

ron algunos chichones y cardenales que les hicieron, á los ojos de las bellas, tan interesantes como si hubieran sido atravesados.

En calidad de señorita y de última llegada, á Olimpia correspondió el honor de ceñir la frente de los vencedores.

Corona de las más modestas, pues únicamente constaba de dos ó tres ramitas entrelazadas; pero que no por eso dejaría de adquirir inestimable valor al pasar por las manos de la joven.

Las cuatro primeras luchas no ofrecieron nada de particular, fuera del valor desplegado por cada uno de los combatientes, todos los cuales rompieron varias lanzas antes de vencer ó de dejarse desarmar.

Pero, á la quinta, prodújose un incidente que hubiera podido acarrear muy malas consecuencias y que provocó violenta emoción en los espectadores.

El señor de Fonty era uno de los campeones de esa justa.

Al entrar á la liza, se apresuró á dirigir un gran saludo hacia el sitio en donde se hallaba Olimpia, cuyas miradas, pensaba él, no podrían menos de fijarse inmediatamente en su persona.

Pero, con gran sorpresa del conde, la joven, que había dirigido sus ojos á la grada inferior, continuaba manteniéndolos en esa dirección, sin parecer reparar en la presencia del conde.

Suponiendo éste un momento de distracción en Olimpia, renovó el saludo, con tan señalado ademán que, á menos de hallarse sumida en profunda preocupación,

tenía forzosamente que notar lo aquella á quien iba destinado.

Peró muy absorta debía de estar la muchacha, pues este segundo saludo la dejó tan poco atenta como el primero.

Curioso entonces de saber la causa de esa indiferencia para con él, siguió el conde las miradas de Olimpia, y vió con estupor que se detenían en un joven sargento de guardias franceses, que mandaba el piquete de honor encargado de presentar armas al vencedor cuando fuera á recibir la corona.

— ¡Cómo! — exclamó — ¡Me abandona de ese modo por contemplar á un villano de esa calaña! ¡Esto es demasiado!

Y, mirando al sargento, añadió:

— ¡Verdad es que ese bergante tiene agradable faz, y comprendo que llame la atención de las mujeres... pero no hasta el punto de hacerlas cometer una inconveniencia como la que conmigo está cometiendo Olimpia!... ¡Ira de Dios! ¡No sé como no he ido ya á fustigar á ese sargento!

El toque del heraldo de armas, anunciando « el campo abierto », sacóle de sus reflexiones.

Á la señal convenida, avanzó con impetuosidad, cual si quisiera derribar una montaña.

En otras circunstancias, hubiérase el adversario resentido de la sacudida; pero, enervado, con la sangre subida á la cabeza, tomó mal el conde las medidas y, en vez de tocar al contrario, cayó él mismo, tocado en pleno cuerpo.

El desastre no podía menos de aumentar su cólera y acabar de hacerle perder la sangre fría.

Dos veces más volvió á la liza, y otras dos volvió á sufrir la misma suerte.

La última caída, verificóse al lado del piquete de honor.

Levantándose, furioso por su triple derrota, y no sabiendo contra quien descargar su exceso de bilis, vió al sargento que le estaba mirando.

Era esta una ocasión que se le ofrecía, y tanto mejor, cuanto que él, el joven sargento, era el autor de su desventura.

— ¿Por qué me miras así, canalla? — le preguntó en tono amenazador.

Felipe — pues era él, como se habrá adivinado, — poco acostumbrado á oírse apostrofar de ese modo, quedó un instante turbado.

— ¿Vamos, responde? — continuó Fonty. — ¿Tendrías la audacia de burlarte de mí?

— No tengo tal intención, señor conde — repuso en fin Felipe, — y sólo le he mirado, porque todo el mundo le miraba.

Esas palabras, en las que el conde creyó entrever cierta ironía, colmaron su furor y le hicieron perder los estribos.

— ¡Ah! ¡te mofas de mí, ahora! — gritó — ¡voy á castigarte!...

Y, apoderándose de un látigo de caza que llevaba en la cintura, fustigó fuertemente en un hombro al sargento.

El joven saltó ante la injuria, sus ojos lanzaron llamas, y, por instinto, llevóse la mano á la espada.

— ¿Qué vas á hacer, Felipe? — exclamó, sujetándole el brazo, Bonifacio, que estaba con él en el piquete de honor.

— ¡Déjame! — rugió el sargento.

Todos los que conocían al fogoso Buena Espada veían ya mal parado al cobarde insultador.

Aquella ofensa sangrienta y pública iba á ser castigada en el acto, sin que el conde pudiera escudarse tras los altos títulos de su nobleza.

Pero también veían mal parado á Felipe, porque ni sus leales servicios ni los brillantes hechos de su corta carrera hubieran podido protegerle contra las represalias, si hubiera osado administrarse justicia á sí mismo, en aquel tiempo en que la nobleza gozaba de más prerrogativas que nunca.

Durante medio segundo, todos los pechos contuvieron, oprimidos, la respiración.

Tanto se aguardaba un acontecimiento terrible, que nadie se atrevía á efectuar el menor movimiento, cuando el grupo que rodeaba á Felipe y al conde fué traspasado súbitamente por dos hombres.

Era el primero un arrogante oficial, el señor de Tresmes, capitán de guardias franceses.

El segundo era Cocardasse, el veterano.

Cuando Felipe agarraba el puño de la espada, una mano se posó en la suya.

Volvióse, y en seguida se apagó la llama de su mirada, pues acababa de reconocer á su capitán, al que cada

soldado del regimiento tenía verdadero cariño filial. Y el respeto consiguió lo que no hubieran podido lograr la amistad ni la razón; pero en los ojos de Felipe, asomaron lágrimas de rabia y de humillación.

Tresmes pasó ante él en el instante en que Cocardasse llegaba á su vez.

Olimpia había asistido desde su puesto á la incalificable agresión del conde.

Ante el golpe recibido por el sargento, no pudo ella reprimir un grito de angustia y se había estremecido como si fuera ella misma la fustigada.

Luego, cayó sobre su asiento medio desmayada.

El asombro, ó, más bien, la indignación causada en la multitud por la brutal acción del conde, hizo que ese incidente pasase inadvertido, excepción hecha del marqués y la marquesa, que achacaron á una sensibilidad exagerada, la emoción experimentada por su hija.

Ellos mismos estaban también impresionados, y con doble motivo.

Primero, porque nada justificaba semejante agresión, y después, porque iba dirigida á persona á quien debían gran reconocimiento desde la víspera.

Aunque el señor de Fonty estuviera muy á bien con el marqués, éste último experimentó cierta tranquilidad al ver la intervención del capitán de Tresmes.

El conde, que estaba aún frente á Felipe, le miraba buscando nuevo motivo de riña.

Cocardasse vino á proporcionárselo.

— ¡No tengas cuidado! — dijo colocándose delante del sargento. — No es uno más valiente que usted.

señor conde... pero ¡voto á!... si este muchacho fuera nada más que un cuarto de caballero, ya estaría usted como una rana, por tierra.

Furioso por tan audaz apóstrofe que, — y él lo adivinaba — alegraba á muchos de los que le rodeaban, iba el señor de Fonty á volver su cólera contra el veterano, cuando un ligero tocamiento le hizo volverse.

— ¿Desea usted hablarme, señor de Tresmes? — preguntó, al reconocer al oficial de las guardias.

— Sí, señor — repuso el capitán. — Le ruego me explique por qué motivo se ha permitido pegar á este sargento, el mejor de mis soldados.

El tono en que se expresaba de Tresmes tenía más de orden que de súplica, lo cual no dejó de reconocer el conde.

— Y si se me ocurriese no decírselo — replicó con altanería, casi satisfecho por este nuevo incidente que le quitaba en parte el ridículo del anterior.

— Será porque, seguramente, no podría usted darme razón plausible.

— ¿Usted qué sabe?

— Estoy seguro... y como mis soldados, desde el primero hasta el último, son mis hijos, toda ofensa que se les hace á ellos, se hace también á mi persona.

— ¿Qué quiere decir eso?

... — Que como el sargento Felipe está en la imposibilidad de obtener por sí mismo reparación de su torpe injuria, yo soy quien me encargo de repararla.

— Estoy á sus órdenes, señor de Tresmes.

— Después del torneo, le espero en la carretera.



— Iré á buscarle en seguida.

Saludáronse los dos hombres, y Fonty se marchó sin dignarse mirar al veterano que tan claramente le había hablado, mientras que el capitán, volviéndose hacia su subordinado, le daba ostensiblemente un apretón de manos.

— Mi capitán — le dijo Felipe — ¡cuánto siento lo que ocurre!

— No debes preocuparte, muchacho. El conde se ha portado cobardemente al atacarte, sabiendo que no podías contestarle; debe ser castigado... y lo será...

— Batirse usted por mí...

— ¿Y qué? ¿No arriesgarías tú tu vida por mí?

— ¡Oh! ¡sí, mi capitán!

El oficial empezó á reír, y murmuró, antes de volverse á su puesto:

— Verdad es que, en el terreno, no es tu vida lo que peligraría, sino la de los otros, querido Buena Espada.

Este incidente produjo un malestar general que llenó de frío la continuación de la fiesta; y Olimpia necesitó gran esfuerzo de voluntad para quedarse hasta el fin impasible, en apariencia.

En cuanto al pobre Felipe, aplastado por la afrenta pública, que no pudo lavar él mismo, padeció un martirio durante el resto de la tarde, porque se le antojaba que todos leían la injuria en sus mejillas ardientes de vergüenza.

¡Ah! ¿qué pensaría de él la señorita de Chaverny?

¡De él, á quien habían tratado como al peor lacayo!

¿No habría perdido para siempre su estima?

Si en vez de tener la cabeza inclinada con obstinación hacia la tierra, por la que hubiera querido ser tragado, la hubiese levantado el sargento hacia Olimpia, pronto se habrían disipado sus temores, que se trocarían en delirante alegría, al cálido contacto de las miradas de la joven que, no pudiendo disimular más, le cubrían de un rayo de ternura y de amor.

Pero no tuvo Felipe ese consuelo.